



Rafael Caldera

# MENSAJE A CARACAS



CONCEJO MUNICIPAL  
DEL DISTRITO FEDERAL  
Caracas, 1980

# Mensaje a Caracas

Rafael Caldera

---



---

Hoy hace cuatrocientos trece años, en el día del Apóstol Santiago, Diego de Losada en un momento de acertada inspiración fundó la ciudad de Santiago de León de Caracas, que habría de ser a través de los tiempos centro de la vida de Venezuela. Con ése y no con otro de sus hechos, ganó el afortunado Losada el privilegio de la inmortalidad. El Apóstol Santiago en torno a cuya figura se mezclan la religión y la leyenda, la historia y el mito, fue para Caracas título de preeminencia, y para Venezuela, como lo había sido para España, símbolo de unidad nacional, prototipo de heroísmo y valor temerario, compromiso de lucha sin tregua.

“Por Caracas —escribió Bolívar a Páez— he servido al Perú; por Caracas he servido a Venezuela; por Caracas he servido a Colombia; por Caracas he servido a Bolivia; por Caracas, he servido al nuevo mundo y a la libertad”.

Y el nombre de Caracas, originariamente de modesta hierba y de sencilla gente, estaba predestinado a ser blasón que irradia prestigio a la Nación, al continente y a la humanidad.

Eso ha sido Caracas; foco y hogar de la familia venezolana, crisol de héroes y de sabios; espejo de contradicciones y fuente inagotable de motivos para la grandeza de nuestra patria, para la unidad de América Latina, para la forja de un destino común.

Es abundante la literatura dedicada a la belleza de su panorama y a la bondad de su clima. Al hablar de Caracas, es obligado recordar la síntesis descriptiva de nuestro primer historiador Oviedo y Baños, quien expresa que su fundación tuvo lugar “en un hermoso valle, tan fértil como alegre y tan ameno como deleitable” y presenta su clima con calificativos exultantes: “su temperamento tan del cielo que sin competencia es el mejor de cuantos tiene la América, pues además de ser muy saludable, parece que la escogió la Primavera para su habitación continua, pues en igual templanza todo el año ni el frío molesta ni el calor enfada”. Pudo haber —no lo niego—

---

exageración en sus palabras; puede ser que las modificaciones traídas por el tiempo hayan deteriorado el clima, pero no se debe negar que comparativamente y considerado a lo largo del año, el clima de Caracas sigue siendo uno de los mejores del mundo.

“Eterna primavera” es la expresión, exacta o no, que ha constituido a través de los tiempos la definición ambiental de esta villa cuatricentenaria. “Al clima de Caracas —dice Humboldt— se ha designado a menudo como una primavera perpetua”. Aunque el sabio alemán, apegado al rigor científico, tuviera que agregar: “Es de sentirse que un clima tan temperado sea generalmente inconstante y variable”.

Ya sea una primavera perpetua, ya una especie de perpetuo verano suave y benigno, el clima de Caracas, el color verde de su valle y de las montañas circundantes, la majestad de su Avila, que le da especial señorío, ha sido y son, a pesar de la problemática creada por la congestión y la polución del ambiente, un signo distintivo que la señala entre las ciudades más bellas de todo el Universo.

¡Como sería, entre las brumas londinenses, el recuerdo de aquella modesta pero dulce Caracas de 1800 en el cantor de la naturaleza, Andrés Bello, para que en sus borradores de poesía, preparando los textos que iban a constituir el manifiesto de emancipación de la literatura iberoamericana, desahogara su corazón con aquellas delicadas estrofas:

*Oh! montes, oh! colinas, Oh! praderas  
amada sombra de la patria mía,  
orillas del Anauco placenteras,  
escenas que la edad encantadora  
que ya de mí, mezquino,  
huyó con presta, irrevocable huída,  
y toda en contemplaros embebida  
se goza el alma, al par que pena y llora.*

---

Después de una difícil gestación en la que actuaron y sufrieron el mestizo Francisco Fajardo y el extremeño Juan Rodríguez Suárez, nace Caracas en manos de Losada en 1567. A los diez años de fundada, en 1577, el Gobernador Juan de Pimentel, fija en ella la capital de la primitiva Provincia de Venezuela. Doscientos años pasan y en 1777, las disposiciones del Rey Carlos III la convierten en sede de la Gran Capitanía General, que reúne a toda la extensión que después habría de constituir nuestra República; treinta y tres años más tarde, el 19 de abril de 1810, cabe la solemnidad del Jueves Santo, la voluntad del Cabildo de recuperar el gobierno propio y ejercerlo en toda Venezuela, conforme con el espíritu de una antigua disposición lograda por el abuelo Simón de Bolívar que daba a sus Alcaldes autoridad en toda la Provincia en casos de vacante, la convirtieron *de facto* en capital del nuevo Estado, ya que la Junta constituida por el Ayuntamiento caraqueño asumió de hecho y de derecho, por la voluntad de los pueblos, a partir del momento en que el de Caracas dijo "no lo queremos" al Gobernador Emparan, el gobierno de la Nación. Después, la Declaración de Independencia, proclamada en la Capilla de la Universidad el 5 de julio de 1811, fue también una efeméride caraqueña.

Larga es su historia, intensa y hermosa. Humilde fue su origen, pero claro y luminoso su destino. Dura ha sido la serie de sus sufrimientos, pero la sobrepasa con exceso el brillo de su gloria.

Sería ardua tarea la de relatar paso a paso la vida de esta urbe, que como afirmó Bello "ha dado a la sagrada lid tanto caudillo", y a la que el mismo Patriarca de las letras le dijera:

*"tú, que lidiando áttiva en la vanguardia  
de la familia de Colón, le diste  
de fe constante no excedido ejemplo".*

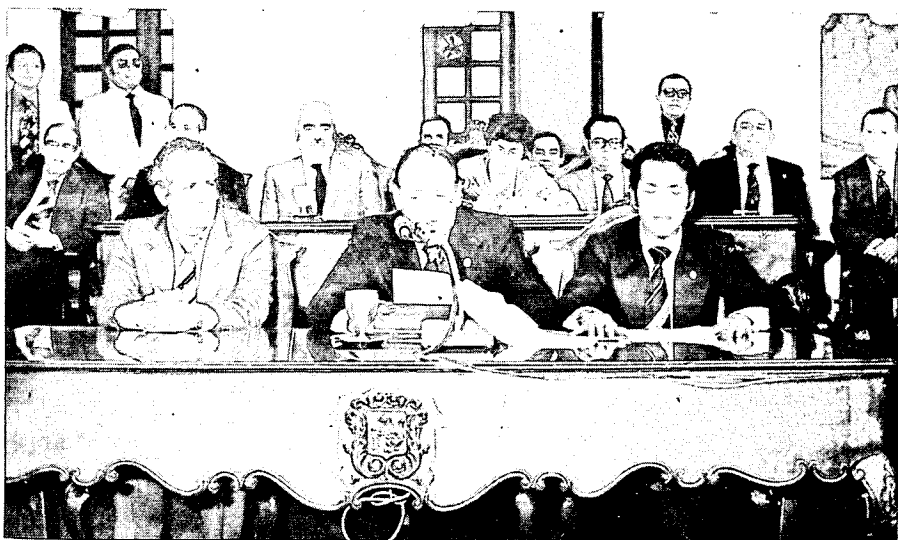
Fijémonos apenas en el Siglo XVIII. Coloquémonos en la exacta mitad de aquella centuria. Observemos que en el año de 1750, un 28 de marzo, a

---

unos cien metros de este sitio en que nosotros nos hallamos, nació Francisco de Miranda, Precursor de la Independencia de América Latina, hombre de armas y de ideas, de talento y de mundo, primer iberoamericano de dimensión universal, maestro de Libertadores y ejemplo de patriotas. Que dos años y medio más tarde, frente a la Iglesia de la Merced, a un poco más de cuatro cuadras, nació Andrés Bello, el humanista más excelso, el genio más completo, el maestro más egregio, el portaestandarte más ilustre de la cultura latinoamericana, y que veinte meses después, frente a la plaza y templo de San Jacinto, doña María de la Concepción Palacios de Bolívar dio a luz al prototipo de hombre latinoamericano, al símbolo de la Independencia, al "alfarero de Repúblicas", al promotor de la gran patria latinoamericana; cabeza de los milagros y lengua de las maravillas, según la clásica expresión del gran Cecilio Acosta. Nacieron, y no por obra del acaso, sino por consecuencia de un admirable proceso de maduración. Como lo dijo en su biografía del Libertador, intitulada "El Caraqueño", el gran escritor Ramón Díaz Sánchez, "tal es el esquema del caso venezolano, del caso caraqueño, en el momento estelar del gran drama de Hispanoamérica. Caraqueños serán sus primeros gestores intelectuales, y en este sentido, Simón Bolívar aparecerá como la síntesis encarnada de la tragedia. Su genio, fenómeno individual, se identifica con el genio colectivo de la ciudad y de la nación, y le convierte en el caraqueño por excelencia".

¿Qué tuvo Caracas para merecer tanta gloria? ¿De dónde vino esa fuerza incomparable que la llevó a ocupar sin disputa la cúspide del procerato continental y a ser brújula de la historia pasada y futura de los pueblos de América, como una nueva Giralda sevillana, que recibe el impulso de los vientos y señala en el horizonte el rumbo mejor de nuestros pueblos?

Fue Dios, sin duda, el que fijó su vista en este valle; la Providencia señaló su camino; le dio savia la patria, porque desde el primer momento intuyó que Caracas iba a ser carne de su carne y sangre de su sangre, iba a constituirse en motor de nuestra gloriosa y trágica existencia nacional, en síntesis expresiva de nuestra voluntad común de ser y de servir. Con justo moti-



vo tuvo ella misma derecho a decir, a los hermanos de toda Venezuela y de Latinoamérica, en la canción de cuna que habría de convertirse en Himno Nacional y sin que nadie pudiera objetarlo: "seguid el ejemplo que Caracas dio". Ejemplo de lucha por la libertad, ejemplo de sacrificio por el ideal, ejemplo de constancia y de fe, como lo señaló Bello en la estrofa de la Alocución a la Poesía que hace poco recordamos. Nada pudieron contra ella los piratas, que en más de una ocasión la ultrajaron y arrasaron, pero que también dieron oportunidad para que surgiera la imagen de aquel adalid de la valentía y de la dignidad que se llamó Alonso Andrea de Ledesma. Nada pudieron contra ellas las pestes, que diezmaron su población muchas veces y que prestaron ocasión para que comenzara a brillar las capacidades del joven Andrés Bello, futuro organizador de la administración pública de Chile, como Secretario de la Junta Central de Vacuna. Nada pudieron contra ella los terribles terremotos que han estremecido sus suelos, uno de los cuales, el más desolador, ofreció el pedestal para que se irguiera sobre él el Padre de la Patria, con su famoso apóstrofe que necesitamos repetir ahora: "si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca".

Estaba destinada Caracas a ser una de las más importantes ciudades del mundo, a crecer más allá de toda previsión, a medida que la existencia de Venezuela tomara rumbo vertiginoso por la marcha de los acontecimientos.

En la hora sin paralelo de la Emancipación, Caracas fue faro de la liber-



---

tad y crisol de todos los sacrificios; a la hora del desarrollo, Caracas es espejo de las inmensas posibilidades y de los graves problemas del país, dinamo proveedor de las fuerzas políticas y económicas, espirituales y materiales, que en debida armonía con la Providencia, tiene asignada la tarea irrenunciable de convertir a Venezuela en un país moderno, próspero, justo y feliz.

Cuando la historia de Oviedo aparece, en 1723, el autor estima que “fuera de la innumerable multitud de negros y mulatos que la asisten, la habitan mil vecinos españoles”. A principios del siglo XIX, según las estimaciones de Humboldt, Caracas tendría una población de unos cincuenta mil habitantes, para un país que albergaba más o menos un millón de seres. En 1936, en que según la repetida frase de Mariano Picón Salas, comienza el siglo XX en Venezuela, apenas sobrepasaba los doscientos mil. Para 1941, había excedido los trescientos mil, y el año de 1956, alcanzaba a un millón de habitantes. En 1971 se acercaba hacia los dos millones y medio; para 1980, la población del área metropolitana se estima alrededor de tres millones y medio de personas.

Cuando iba a completar el primer millón, en una de aquellas pocas charlas televisadas que me toleró la Dictadura, en Septiembre de 1955, dediqué un programa a “la ciudad del millón de habitantes”. Señalé que este cambio no podía considerarse sólo cuantitativo. Que una transformación *cuantitativa* se operaba y que era necesario tomar conciencia de lo que una ciudad millonaria representa, no sólo en posibilidades de acción y hasta en satisfacción de una necesidad indispensable para un Estado pujante como tiene que serlo el nuestro, sino también en los problemas que habrían de surgir forzosamente como consecuencia de una gran aglomeración que requiere planificación, que requiere coraje, que requiere técnica, que requiere energía, para que los seres humanos reunidos en limitado espacio puedan gozar de las posibilidades de una vida realmente humana.

Millones de habitantes concentrados en un limitado territorio demandan una atención prioritaria y constante. Los agobian las restricciones im-

---



puestas por los problemas de la densidad y los exaspera la aparente imposibilidad de resolverlos.

Demandan servicios públicos eficientes, cuya meta definitiva nunca se alcanza porque cada objetivo realizado obliga a pensar en un objetivo ulterior. Reclaman la dotación del agua abundante y sana, que tiene que venir de lejanas comarcas, y requiere obras que suponen inmensas inversiones. Los desespera el problema del tránsito, que la riqueza hace más grave y que el descuido de un quinquenio puede acentuar, como en efecto lo ha acentuado, hasta límites que exigen intensificar los recursos y multiplicar el esfuerzo que habría sido necesario aplicarle. Se ahogan en basura que compromete su salud y ofende la vista y claman por su inmediata y definitiva eliminación. Exigen la masiva y barata producción de viviendas; la construcción de vías que ofrezcan facilidades cónsonas con las necesidades crecientes; los alarma el problema de la inseguridad, que en todos los centros urbanos del mundo tiende a tornarse agudo, por las ventajas que la complejidad de una urbe asegura a la acción delictiva. La necesidad de recreación pierde el carácter de supérflua para convertirse en primerísima necesidad, a fin de mantener el espíritu sano en una población cargada de tareas y responsabilidades; y la conservación del ambiente, cuya contaminación se agrava sin cesar y cuya purificación impone voluminosas inversiones y esfuerzos gigantescos, todo ello como consecuencia del progreso contribuyen a crear una situación angustiosa, frente a la cual no bastan los buenos propósitos ni sirven instituciones cuya obsolescencia está determinada por el

---

cambio social, ya que las situaciones no pueden resolverse con buenas intenciones ni con palabras demagógicas, sino con un esfuerzo sostenido, audaz, continuo de todos los sectores y, sobre todo, con la conciencia —que debe ser clara en la comunidad metropolitana, así como en la comunidad nacional— del carácter prioritario de esta tarea.

La ciudad metropolitana, de varios millones de habitantes, que es a la vez capital de la República y metrópoli de la Nación, crece no sólo en sus cifras absolutas, sino en términos relativos, esto es, en la proporción que representa para el país. En 1810, para un millón de habitantes que tenía Venezuela, la ciudad de cincuenta mil representaba apenas un 5%. Para 1961, la población de Caracas albergaba más del 18% de la población de Venezuela; para 1971, cerca del 22%; para 1980, es posible que el porcentaje haya subido algo todavía: es decir, que se acerca a la cuarta parte de la población de Venezuela la que vive en Caracas, sin olvidar que a esta ciudad acuden periódicamente gran parte de los habitantes de las distintas regiones del país, que tienen que estar en comunicación constante con la capital.

Se ha pretendido establecer una especie de dicotomía entre la Capital y la Provincia. Esta dicotomía la rechazamos por inaceptable. Atender las necesidades de la metrópoli no puede entrañar, en modo alguno, descuidar las exigencias perentorias de la Provincia venezolana; pero tampoco, para atender y desarrollar la provincia es justo abandonar a su suerte al 22% de la población del país, azotado, por rigores de inclemencia.

En verdad, que Caracas ha sido mayormente un polo de atracción; es necesario que constituya en forma dinámica y activa un polo de desarrollo, para transformar la vida de Venezuela. Es indudable que el incremento demográfico muy alto que tiene la ciudad —y que en la década 1941 - 1950 llegó al 7,75%, aunque descendió en la de 1961-1971 a 5,42% y posiblemente tiende a disminuir — hace que la ciudad crezca en cerca de cien mil habitantes por año. Con la preocupación de que la población marginal aumenta a

---

una rata superior al 10% interanual, es decir, doble del índice de crecimiento de la población de Venezuela.

Yo quisiera aprovechar esta hermosa ocasión que me ofrece el Concejo Municipal del Distrito Federal, por generosa decisión de sus ediles que representan legítimamente al pueblo de Caracas y que altamente agradezco —oportunidad de veras solemne con la presencia del Jefe del Estado y de las más altas autoridades, en que se recompensan con alta y merecidas distinciones los esfuerzos y los méritos de caraqueños ilustres y de ilustres habitantes de nuestra capital encabezados por esos pioneros de la ciencia y de la acción social que son Jacinto Convit y Pastor Oropeza— para invitar a todos los venezolanos, y en especial a todos los habitantes del área metropolitana a orientar la intensa preocupación que los mortifica hacia caminos de optimismo, hacia fórmulas de acción, hacia propósitos de solución.

En los últimos tiempos se ha difundido una literatura apocalíptica, que no debe en manera alguna prosperar. Se ha pretendido condenar a esta hermosa y pujante ciudad a una especie de destino fatal.

Se ha hablado de trasladar la capital, como si ello pudiera resolver sus problemas y no fuera una fuente de nuevas dificultades para la vida del país. Ya en su momento, los padres de la República, influidos quizás por el ejemplo norteamericano, pensaron en otra capital y escogieron la hermosa ciudad de Valencia, ubicada en tierra plana y en un sitio geográficamente asequible a las distintas regiones del país. Así, cuando se adoptó la primera Constitución republicana se fijó la capital en Valencia, lo que sólo duró hasta la caída de la República; después del desmembramiento de Colombia en 1830, se volvió a la misma, donde se mantuvo hasta el 30 de mayo de 1831, y al conjuro de la Revolución de Marzo de 1858, la brillante Convención donde deslumbraron el talento, la honestidad, la elocuencia y el patriotismo de Fermín Toro, hizo *de facto*, por algunos meses, de aquella otra ilustre ciudad la capital de la República. Pero todos esos intentos tuvieron como desenlace la vuelta del Gobierno a Caracas, a la que la historia, las circuns-

---

tancias y hasta la Providencia han señalado para capital de nuestro país. Valencia es hoy una hermosa urbe, que se acerca aceleradamente al millón de habitantes y cuyos problemas repiten y en algunos aspectos agravan los problemas de Caracas.

Y si de la empresa de mudarnos hacia las orillas del Orinoco se trata, ello requeriría el trabajo impropio de varias generaciones a costos increíbles. El caso de Brasilia obedece a razones diferentes y constituye una exigencia de la geografía y características de ese inmenso sub-continente que es el Brasil. La experiencia de Brasilia; por otra parte, no demuestra que con construirla se hayan resuelto los problemas de Río de Janeiro y, menos aún, que se hayan evitado a la nueva ciudad los males típicos de las grandes urbes. Si alguien ha sido abanderado del desarrollo del Sur es el que habla; pero un traslado de la capital supondría trastocar el sistema nacional de comunicaciones, destruir y reconstruir las estructuras y servicios del país, sin que Caracas dejara de crecer. Caracas seguiría siendo la metrópoli, y sus problemas, no por el hecho de no ser la capital política requerirían menos atención; es de temer el que, tal vez, se les prestaría una consideración más negligente.

Lo que necesita Caracas es una visión audaz, es un programa amplio y ambicioso, es el reconocimiento de que las inversiones que se hagan para atender sus exigencias no son gastos de ornato, ni por otra parte deben aminorar el esfuerzo que se ha de hacer en las distintas regiones que integran la República.

Tenemos gente joven, preparada y preocupada, para la ejecución de esta tarea. Tenemos la experiencia de otras urbes y la ventaja de la renta petrolera que, aunque genera muchos inconvenientes, puede y debe, bien aprovechada, ayudar a superarlos.

La situación de los marginales demanda medidas inmediatas para atender urgencias inaplazables, pero sin perder de vista que las verdaderas solu-



ciones han de programarse y ejecutarse para mediano y largo plazo.

Y en cuanto a los requerimientos de toda gran capital, hay que planificarlos armónicamente y realizarlos con coraje.

Cuando el Presidente Guzmán Blanco, impresionado por la obra urbana del Barón de Haussmann en París, en tiempo de Napoleón III, emprendió un conato de transformación urbana y construyó el Capitolio Federal, los boulevares circundantes, el acueducto del Calvario y el Teatro que va a cumplir cien años y que llevó su nombre, y aprovechó la sólida construcción del Convento de San Francisco para trasladar la Universidad, no faltaron consideraciones de que se trataba de una actividad faraónica. El ilustre historiador González Guinán, por otra parte, censuró el Decreto del Dr. Rojas Paúl mandando a fabricar el Hospital Vargas "análogo en su construcción y régimen al Lariboisiere de París" por considerar que el proyecto, "laudable si se atiende a su esencia", "tenía formas no sólo inaceptables, sino exageradas". Consideraba que "habría sido más justo y más útil reducir las proporciones del Hospital de Caracas y decretar el establecimiento de otros en todas las capitales donde hubiera Colegios Federales de primera categoría, con estudios médicos, generalizando así a toda la República la ejecución de un pensamiento verdaderamente útil". Vista a la distancia de un siglo, esta crítica parece pequeña en su concepción, limitada en su visión, mezquina en su planteamiento. Críticas semejantes han aparecido cada vez que se han

---

emprendido nuevas obras. Exagerada se consideró la Avenida Bolívar y yo estoy entre aquellos que piensan que si hubo algún error en su concepción fue el de no haber ocupado con sus vías y actividades complementarias a todas las manzanas que atraviesa y no sólo a una parte de ellas. Críticas hubo cuando se construyó el Poliedro, que apenas es un pequeño reconocimiento a la necesidad que la población de Caracas tiene de recreaciones accesibles a los sectores de menores recursos, y al que con interrupción de un lustro se va a dotar hoy de las obras complementarias que permitirán ofrecer los más complicados espectáculos al pueblo. Críticas tuvo al iniciarse la construcción del nuevo Teatro sobre la Avenida Bolívar, que permitirá desarrollar nuestra cultura musical y artística y será digno homenaje a la importancia de nuestra capital, y en el cual se trabaja con empeño para inaugurarlo en el bicentenario de Bello.

La ciudad necesita impulso vigoroso, agresivo, sistemático, constante. Pero no todo ha sido negativo. Es cierto que los habitantes de Caracas hemos hecho cosas inaceptables en el deterioro del ambiente; es cierto que las áreas marginales producen excretas que no se desahogan por servicios higiénicos; que la vivienda se reduce hasta términos y condiciones inhóspitas; que se ha contaminado el aire y que se han destruido valiosos recursos naturales; pero también hay que reconocer que nuestra generación ha construido jardines en lo que antes eran asoleados cañaverales con muy escasos árboles, y puede presentar con orgullo las dos contribuciones más importantes del régimen democrático a la protección de Caracas: el Decreto que creó el Parque Nacional del Avila en 1958, el cual ha permitido reforestar ese soberbio monte, invaluable tesoro con que la Providencia regaló a Caracas y el Decreto de 1972, en el que creamos, desafiando intereses hostiles, la Zona Protectora de Caracas, integrando casi ochenta y cinco mil hectáreas a la protección de la ciudad y destinándolas a sanas actividades recreativas para protección de la salud y legítima y sana expansión de todos los sectores sociales. Caracas tiene, como pocas ciudades del mundo, a la vez un clima de montaña y la cercanía de unas playas que todos los meses del año están abiertas a sus pobladores, lo que hace urgente y prioritaria la cons-

---

trucción de otra vía al Litoral, que yo no denominaría alterna, sino más bien complementaria. Caracas tiene un entorno que ya desearían para sí muchas de las más importantes metrópolis del universo. Nos quejamos con derecho, de la polución, pero el mal no es irremediable: contaminación hubo también en muchas ciudades que ya disfrutaban de un ambiente despejado. Los ingleses, que han realizado muchas proezas, lograron una de las mejores al hacer el milagro de limpiar la atmósfera de Londres y las aguas del Támesis, pobladas hoy por peces sanos. Yo no veo por qué debemos resignarnos a una especie de final de tragedia griega o de suicidio colectivo. Admitamos que es difícil llamar a nuestra ciudad "Caracas la gentil" como lo hizo el poeta, pero no podemos aceptar que se la considere "Caracas la amargada". Podemos y debemos erradicar la polución, a través de medidas que en definitiva a nadie causarán perjuicio, porque los gastos se compensarán con los variables económicos. Muchas de las áreas del propio valle y de las colinas circundantes han sido ocupadas, es cierto, por viviendas marginales, pero este hecho ofrece la oportunidad de aprovecharlas en hermosos desarrollos que reflejen un concepto verdaderamente humano del urbanismo. Es condición indispensable que a los pobres que han fabricado sus humildes viviendas con muchos sacrificios no se les desaloje de manera irritante, sino que se les recompense el valor de su esfuerzo y se le ofrezca nuevas oportunidades de vivienda, en forma accesible y en condiciones que puedan soportar, aunque aquéllas tengan que ser subsidiadas; subsidio que al fin y al cabo no es sino la compensación que un Estado, rico por un don de la naturaleza, debe hacer a quienes sufren las consecuencias desfavorables que este tipo de riqueza origina.

Caracas debe ser, a más tardar para el año 2000 una de las ciudades mejor dotadas y más bellas del mundo. Para lograrlo hay que empujar desde ahora, con espíritu de solidaridad colectiva, sin solución de continuidad.

Debemos empeñarnos todos en que no pueda más nunca una encuesta arrojar el dramático resultado de que la mitad de su población preferiría vivir en otra parte. Hay que seguir desarrollando las ciudades satélites como



---

Ciudad Losada y Ciudad Fajardo, para integrarlas en esa gran área metropolitana que es ya la verdadera capitalidad de Venezuela, para lo cual es indispensable dotarlas de eficientes comunicaciones y servicios.

La manera de evitar la afluencia excesiva de nuevos pobladores es dar impulso decidido al desarrollo regional, para hacer más atractiva la vida provinciana y más abundantes las posibilidades de trabajo en el interior del país. Pero sin sacrificar a Caracas.

El proceso de desconcentración debe realizarse con firmeza, pero también con inteligencia, sin hacer daños, aprovechando las circunstancias que la misma actividad económica ofrece. Las redes de vialidad urbana hay que renovarlas y ampliarlas constantemente. Nuestra experiencia nos demostró que cada nueva autopista, cada nuevo distribuidor, cada nuevo túnel o cada nueva vía, reclamaban seguir incesantemente haciendo otros para estar a tono con la dinámica del desarrollo interno. Pusimos gran empeño en el Metro, al cual llamamos la "autopista de los pobres", y nos complace verificar que su construcción se está adelantando con intensidad para que no llegue el bicentenario del nacimiento del Padre de la Patria sin que Caracas pueda disponer de este sistema de tránsito rápido. Pero no se piense que la construcción del Metro es un punto final. Nuevas rutas habrá que abrir constantemente, vías de superficie y medios variados de comunicación y transporte colectivo.

La ciudad reclama cada vez más el que se pongan al servicio de sus habitantes todos los recursos de la tecnología. Así como la construcción antisísmica protege contra los efectos de los terremotos, así el urbanismo científicamente aplicado nos protegerá contra el peligro de una esquizofrenia general. Urbanismo dinámico renovador y audaz que haga desear esa absurda antinomia que pretende oponer la conservación al desarrollo. Hay que conservar desarrollando, o mejor desarrollando conservando.

La recreación habrá de orientarse hacia el balneario, hacia el club de

---

---

montaña, hacia los grandes y cómodos complejos deportivos hacia centros populares que ofrezcan alivio a la mente y al organismo humano, para que no se aumente el exceso de gasto de ingentes recursos financieros en las discotecas y lugares cerrados y en consumo de alcohol. Los estudios que se hacen con sentido patriótico para que el suministro de agua para consumo humano, para regar jardines y para cubrir las exigencias del progreso se asegure hasta fechas racionalmente previsibles, aunque haya que construir grandes obras de ingeniería, hay que estimularlos y apoyarlos. Hay que llevar adelante los que están elaborándose, de parques grandes, medianos y pequeños, en el Oeste y en el Este, en el Norte y el Sur, para que sean pulmones de la ciudad y alivio de la angustia que tortura a los caraqueños.

Hace quince años, en acto similar al presente, un hombre joven, con un tesoro inagotable de energía y un gran amor por su ciudad nativa, que superó la inclemente ceguera con una visión casi sobrenatural del ambiente que lo circundaba y un gran conocimiento de la realidad y de la historia, Mauro Páez Pumar, dijo esta gran verdad: "Sabemos que multitud de problemas encierra esta congestionada urbe, ellos están a la vista. Lo que nos falta a los caraqueños no es capacidad, no son recursos, sino voluntad para resolverlos, no reclamando a las autoridades una solución inmediata, sino proponiéndonos todos al unísono, Gobierno Nacional y Municipal, y los que aquí vivimos y gozamos de las delicias de la ciudad capital, y sufrimos sus dolores, es esfuerzo conjunto la honrosa tarea de transformar de nuevo la ciudad en aquella vida sosegada y apacible que conocieron nuestros abuelos".

Yo pienso que es difícil que ese sosiego y esa apacibilidad que añoraba el verbo cálido de Mauro sea una posibilidad para esta urbe de intensa actividad, que constantemente trepida como la turbina de un gran avión que se remonta en vuelo, pero podemos y debemos lograr una calidad de vida cónsona con el alto nivel a que debemos aspirar para este gran país que tiene como capital una ciudad privilegiada.

---

Y creo a pie juntillas que en medio de la transformación profunda que experimenta día tras día, Caracas será siempre ella misma, encontrará poetas que la canten /y escritores que la describan con amor, como lo apunta en bellísimas líneas otro cronista de Caracas, valenciano de nacimiento/en el final de su libro "La Ciudad de los Techos Rojos". Me refiero, como se habrá entendido, al insigne escritor Enrique Bernardo Núñez, cuyo celebrado libro de aquel título concluye así:

"Al Norte, junto a El Avila, se perfila la torre del Panteón. Al Sur corre el Guaire despojado de su verdor de sauces. Al Oeste, Catia, sitio de los primeros establecimientos. Al Este se desarrolla la gran arteria natural del futuro. Gentes de todos los países se apoderan de ella. La ciudad de los techos rojos se encuentra hoy en la ruta de un gran éxodo. Esta humanidad trae consigo su propia arquitectura. Mañana, tal vez, algún escritor se encuentre entre sus descendientes. Sentado cerca de su ventana contemplará la noche serena, las estrellas errantes. La brisa esparcirá en torno suyo el secreto de las cosas, de las generaciones desaparecidas. Y movido por la ternura del cielo, por el amor a la ciudad que ha visto desde niño, acaso escriba un bello libro".

Caracas es un reto para la Venezuela que se apresta a llegar al siglo XXI. Estamos conscientes de sus angustiosos problemas, pero no podemos aceptarlos como insolubles. Resuena en nuestros oídos el apóstrofe del Padre de la Patria en la Plaza de San Jacinto: "si la naturaleza se opone"...Si, señor.

Una tradicional frase criolla viene a la punta de nuestra lengua: "quien dijo miedo?" Simón Bolívar nos trazó el camino contra la realidad adversa: "lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca". ¿De acuerdo?.

La invitación es para todos. El mensaje debemos recibirlo todos. Absurda sería la idea de que podamos lograr un país en que la calidad de vida



esté al nivel de las posibilidades humanas y de sus grandes recursos, descuidando, olvidando, menospreciando a su capital. Caracas es el espejo de Venezuela. La veneramos por sus contribuciones incomparables a la libertad y la grandeza de latinoamérica. La queremos por su significación en la vida del país.

La mayoría de los caraqueños de hoy venimos desde los más variados lugares de la Provincia. Los caraqueños que no han nacido en la Provincia tienen, en mayoría aplastante, un padre o un abuelo proviciano. Amamos la Provincia y reclamamos para ella el esfuerzo necesario para el desarrollo nacional. Pero ese amor lo compartimos con el que sentimos por esta ciudad hermosa, heroica, ilustre, generosa y amplia, que al haber dado al Continente en un parto glorioso, esas criaturas incomparables que se llamaron Simón Bolívar, Andrés Bello y Francisco de Miranda, se ganó para siempre el respeto, la admiración y el afecto agradecido de todos los demás venezolanos y de todos los latiamericanos. Aspiramos a que se marche hacia adelante con plena decisión, a que se mancomunen los esfuerzos a fin de hacer de esta gran capital una ciudad feliz; una ciudad capaz de dirigir a una gran nación como lo es Venezuela cuyo pueblo tiene derecho a lograr una vida plenamente humana en medio de la grave faena a que sin plazo de espera nos conmina, de construir una sociedad nueva.

Editado  
por la Dirección  
de Relaciones Públicas  
del Concejo Municipal  
del Distrito Federal,  
bajo la Dirección  
de la licenciada  
Nora Ramos Fonseca.

Impresión: Servicio Gráfico Editorial  
Telf. 41-36-22

---

